

Compre usted mañana
el número 31 de la popular
publicación semanal de
BIOGRAFÍAS DE ARTIS-
TAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de
la gran artista

CAROL DEMPSTER

Numerosos datos y fotografías
Regalo de una lujosa postal

— Precio popular: 35 céntimos —
De venta en todas partes

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAÇÀ

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 200

25 cts.



ENTRE LAS
NIEVES DE ALASKA

por
BÁRBARA LA MARR,

PERCY MARMONT, etc.
de Catalunya

BADGER, Clarence

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 200

ENTRE LAS NIEVES DE ALASKA

(THE SHOOTING OF DAN MCGRAW, 1924)
Sentimental novela cinematográfica, interpretada por

BÁRBARA LA MARR, en el rôle de *Aurelia Doraine*
PERCY MARMONT, > > *Javier Maxwell*
LEW CODY, > > *Eduardo Grew*
GEORGE SIEGMAN, > > *Jacobo Hubbell*
MAE BUSCH, > > *Eulalia Dupont*

Producción
LOEW-METRO

Exclusiva del
Programa Vilaseca y Ledesma
Layetana, 53 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HOBART BOSWORTH

ENTRE LAS NIEVES DE ALASKA

Argumento de la película

En cierta ocasión, una compañía de revistas y operetas "encalló" en unas islas semicivilizadas del mar Pacífico, dejando en pésimo lugar el pabellón de la Farándula.

Para salvarse a medias de la catástrofe, el director de la compañía había tenido la idea de convertir un barco viejo en alegre *cabaret*, adonde acudían cada noche los indígenas, atraídos por el ramillete de caras bonitas del elenco artístico.

Las muchachas del coro se movían, muy ligeras de ropa, al compás de los clásicos bailes de las islas, para goce de los vehementes parroquianos. La gracia de aquellas infortunadas artistas inundaba el bodegón de las más variadas ansias que se mezclaban con el desagradable olor del tabaco de grasientas pipas y el vapor del alcohol, consumido sin tasa.

En uno de los camarotes del barco, una mujer sentía la ternura de ser madre y el dolor de ser esclava del deber. Era Aurelia Doraine, la "estrella" de la compañía. Los bracitos de la criatura se agitaban dentro de los pañales como indicándole que no se marchase, que siguiese a su lado siempre. Pero era la hora de la función; su turno había llegado ya.

Ocultando su dolor, Aurelia besó a su hijito, y dejándolo al cuidado de una indígena, saltó al "salón".

En el piano hacía filigranas Javier Maxwell, el marido de la "estrella". Su arte de virtuoso y su genio de compositor se desarrollaban aún en aquel ambiente poco propicio al cultivo de las Bellas Artes.



Las muchachas del coro se movían, muy ligeras de ropa...

Aurelia apareció ante los espectadores que deseaban contemplarla, y en su venusto cuerpo envuelto en sutil vestido, fué donde convergieron todas las miradas, prescindiendo de todo lo demás del establecimiento.

Javier estaba enamorado de su esposa, y si

bien sufría por la mediocridad de su existencia, confiaba en que la suerte se decidiría, más tarde o más temprano, a sonreírles para que su felicidad fuera completa.

Aurelia ejercía su profesión de bailarina con repugnancia, pues no era aquel, por cierto, el marco



Javier estaba enamoradoísimo de su esposa...

adecuado a sus facultades y a sus gustos.

La gente maleante surge en todas partes, sin saber de dónde procede, y así en aquellas islas había un sujeto, de pésimos e ignorados antecedentes, lle-

gado a ella por casualidad, cuya ocupación consistía en desplumar a cuantos incautos se ponían al alcance de sus hazañas.

Eduardo Grew llamábase el "listo". A simple vista nadie hubiera dicho que se trataba de un ser sin escrúpulos, y como tenía un físico muy aceptable y sabía expresarse con finura y energía, según los casos, pasaba por un hombre de mundo, un turista o algo análogo.

Al terminar, aquel día, su actuación, y al cerrarse el barco hasta el día siguiente, Aurelia y Javier hablaron seriamente de su vida.

—¡Esto no lo puedo soportar por más tiempo, Javier... no puedo!

—Espera un poco, Aurelia... Pronto habremos reunido el dinero suficiente para marcharnos de este infierno.

—¡Esperar, siempre esperar!... ¿Por qué no me permites que acepte la oferta que me hace Eduardo Grew para actuar en Nueva York?

Javier frunció el ceño, presa de funestos presagios, y replicó vivamente a su compañera:

—Creía que no se volvería a hablar de este asunto... pero puesto que insistes, te diré una vez más que no quiero entrar en tratos para nada con ese hombre.

Aurelia callóse. Sin embargo, en su cerebro se agitaban dos frases que la torturaban: una pregunta y una respuesta. Aquélla: "¿Qué seré si sigo aquí, despreciando la contrata en Nueva York? Y la contestación: "El tedio y la miseria matarán tus ilusiones y el arte huirá de ti."

¡Ah, si no fuera porque amaba a su marido y al hijo de sus amores!

Muchas veces estuvo tentada Aurelia de aceptar los ofrecimientos de Grew, pero hasta entonces ha-

bía sabido vencer sus impulsos con el grito del cariño a los suyos.

Pero Grew no cedió en su empeño, y cierta noche, llamándola después de la función, la invitó a tomar algo a su mesa, y le dijo:

—Está usted perdiendo lastimosamente el tiempo, y ahora sí que no le oculto que no voy a repetir más mi pregunta, pues voy a partir. Reflexione. Se trata de su porvenir. Contésteme francamente: ¿Acepta o no acepta que la ayude a salir de este abismo donde se mustiará su juventud como flor sin sol?

Aurelia, tristemente, repuso, violentando sus deseos:

—Es inútil volver a hablar de eso, señor Grew. Javier se niega en absoluto a dejarme marchar.

Grew comprendió que Aurelia no decía lo que realmente anhelaba, y cual hierro al rojo en el yunque, moldeó el ansia femenina.

—Es sensible que deje usted escapar esta ocasión... Con tres meses que trabajase en el Broadway, tendría usted todos los contratos que quisiese.

—No... no...

—Y entonces podría mandar a buscar a su marido, y vivirían ustedes en Nueva York como un matrimonio busgués.

—¡Oh! Si esto fuera cierto...

El terreno estaba ya abonado y prometía dar fruto... pero Javier, dándose cuenta de que Aurelia conversaba con interés con Grew, apartóse del piano y unióse a ellos, sorprendiendo las últimas palabras del farsante. De buena gana le habría descargado el puño en el rostro, mas se contuvo, por respeto al cliente únicamente, y, abiertamente hostil, le dijo:

—¡Usted está llenando de ideas falsas la cabeza

de mi mujer, y no se lo consiento! ¡De su porvenir sé cuidarme yo, sin la ayuda de nadie!

Grew sonrió compasivamente, y mostrando a Javier los rostros repugnantes de la mayoría de los consumidores, reflejo de vicios y flaquezas e incultura, apuntó:

—¿Es éste el porvenir que usted reserva a su esposa?

—Mire usted... le agradeceré que nos deje en paz... ¡y basta!

Grew sentóse a su mesa como si no sintiese la menor alteración, y el azar quiso que a Aurelia le sucediese un incidente con un sujeto, beodo, que pretendió abrazarla, tentado por sus magníficos tesoros vivientes.

—El vapor sale mañana, a las once de la noche. La esperaré—le susurró al oído, después de librarla del asqueroso tipo dominado por el veneno de la bebida.

—¡No puede ser, no!

—¿De modo que prefiere usted quedarse aquí, aguantando a todas horas las insolencias de esta gentuza?

El temor a sufrir eternamente en aquel hediondo *cabaret*, horrorizó a Aurelia. Grew martilleó el molde hábilmente, por la parte sensible, y, al fin, la bailarina exclamó:

—¡No... no... aquí no! ¡Todo antes que reportar más tiempo esta vida!

—Entonces... hasta mañana. La gloria nos espera.

Javier no sospechaba nada. Después de la función, recogidos en su camarote, Aurelia y él hablaron, ocultándole ella su firme propósito. Javier durmióse, y Aurelia, sin testigos, se puso a meditar sobre su determinación. Tuvo que vencer mu-

chas dudas, no abrir los ojos más que para ver el lado tentador de la nueva senda que se abría a sus pies. Las lágrimas resbalaron constantemente por sus mejillas. Era muy penoso abandonar a su marido y al hijito adorado. La noche resultó interminable, y al despuntar el alba, Aurelia, contemplando a su noble compañero, sintióse anegada de dulce pasión.

Pero el brillo del horizonte lejano era tan deslumbrador, que nada pudo hacer renunciar al espíritu femenino al asalto de la fortaleza donde la Fama espera a los valerosos.

Y Aurelia, durante todo el día, disimuló su impaciencia, y para que Javier no tuviera el menor recelo de la fuga, estuvo muy cariñosa con él.

—¡Te quiero, Javier, te quiero!... ¿Verdad que ya no piensas que deseo irme y dejarte aquí?

—No, mi bien. Yo sé que tú no eres capaz de abandonarnos. ¿Quién podría amarte más que nosotros, Aurelia?

A medida que se acercaba la hora de la marcha, Aurelia veía disminuir sus fuerzas, bajo la influencia, sin duda, del culto que le demostraba Javier.

Acaso las cosas hubieran cambiado de aspecto si, precisamente aquella noche, el empresario de la compañía arruinada no le hubiese dicho a Aurelia algo que fué para ella como un injerto de energía para escapar.

—He prometido al jefe indígena que harás una salvaje auténtica, y no me dejarás en mal lugar...

—¿Me propone usted que me olvide del respeto que me debo a mí misma para despertar la lascivia de un bruto? ¡Esto es demasiado!

—Pero, Aurelia, no seas necia... Hay que agarrarse a las ocasiones, cuando éstas son buenas. De

modo que, date prisa, porque el jefe está ya impaciente.

La repugnancia que aquella vida le inspiraba era más fuerte que su voluntad de quedarse al lado de su marido e hijito, y como Grew la esperaba en la playa con una canoa, para transportarla al buque fondeado a corta distancia, no tuvo más que vencer un último desfallecimiento.

Aurelia pretendía llevarse al niño, que la indígena que cuidaba de él llevaba en brazos, pero los marineros, siguiendo instrucciones de Grew, embarcaron a la madre, dejando en tierra, con el ama, a la tierna criatura.

El empresario, extrañando la tardanza en aparecer de Aurelia, volvió al camarote del barco *cabaret* y su asombro fué extraordinario al encontrarse en lugar de la mujer este papel manuscrito:

Querido Javier:

Perdóname que me haya fugado con Eduardo Grew. Las apariencias me condenan, pero no soy culpable; yo te prometo que no estaremos separados mucho tiempo y que voy en busca de la felicidad para los tres.

No me censures, Javier; comprende que lo hago por ti y por el niño.

Te abraza con toda su alma

Aurelia.

El corazón del hombre traicionado amenazaba estallar de amargura.

El empresario, desesperado, gritó a sus parroquianos la noticia, y suscitáronse los más pintorescos comentarios alrededor de la aventura.

El ama negra regresaba en aquel momento al

barcò-cabaret, y apresuróse a enterar a Javier de lo ocurrido.

—Se fué en el vapor... Quería llevarse al niño... pero el señor Grew no la escuchó...

Javier abrió la mirilla del camarote, y con el niño en sus brazos, apretándole fuertemente contra su pecho, para ahogar en lo posible su dolor, oteó el horizonte, y descubrió en su línea, como una visión de artista exaltado, un buque, que aunque apenas se movía, se alejaba, se alejaba con rumbo a lo desconocido...

Javier odiaba a la infiel, y odiándola sentía que el llanto le aliviaba. Sin embargo, una voz misteriosa le decía que no era Aurelia la única responsable de aquella locura... sino el Destino... que no todos los humanos se resignan a ser como esos pajarillos presos en el fango del camino, que quieren volar y no pueden.

Pero al dolor de la traición de la esposa añadióse en el alma de Javier la humillación de un delito cometido por Grew, que había robado el dinero del empresario.

—¡Oh, ladrones, ladrones! ¡¡Todo perdido: mi "estrella" y mis ganancias!!—vociferaba el pobre hombre, ardiendo en deseos de encontrar a los autores de la infamia.

Y Javier, sin abandonar su observatorio, tal vez con una esperanza de verla reaparecer, murmuraba con ira comprimida:

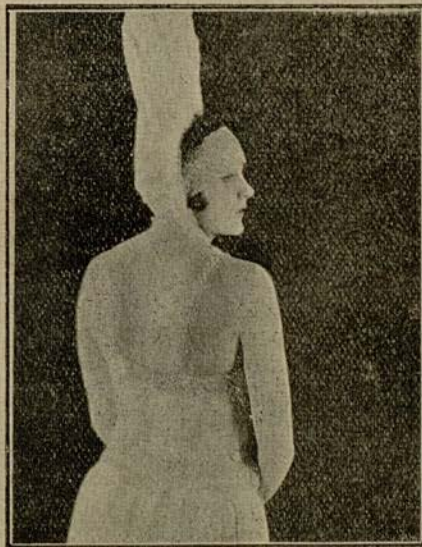
—¡Aurelia!... ¡Miserables!... ¡Miserables!



La vida sigue su curso, desafiando peligros y engolándose de hombros ante cualquier tropiezo sentimental.

¿Qué importaba que Aurelia se hubiese separado de Javier y de su hijo?

La vida es fría como la muerte... y todos amamos la vida. ¿Por qué, pues, no saber ser dóciles con ella?



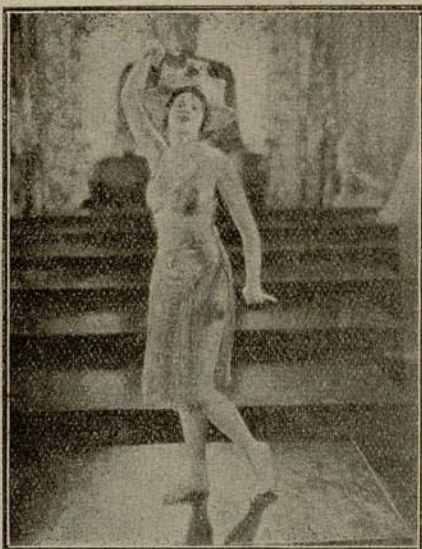
¿Qué quedaba de la Aurelia de las islas?

Semanas dolorosas de vacilaciones, de ensayos, de fracasos y de desalientos... y, al fin, en el marco lujoso del Broadway neoyorquino, apareció, deslumbrador, un astro nuevo.

¿Qué quedaba de la Aurelia de las islas?

Nada, en apariencia; pero era la misma de entonces.

El oropel cubría sus armoniosas líneas físicas, mas su alma sentía la misma amargura de entonces por la separación de los queridos seres.



Dotada de excelente temperamento artístico, Aurelia debía triunfar, y triunfó.

Dotada de excelente temperamento artístico, Aurelia debía triunfar, y triunfó. Pronto se impuso al público elegante con su belleza y expresión. Atraía a los hombres la delicada voluptuosidad que

asomaba por todo su cuerpo, y sus ojos soñadores parecían invitar a horas de idilio inefables.

Grew estaba satisfecho de su "obra". No se había equivocado. Aurelia era un magnífico filón que daría cuantiosas ganancias. Indudablemente, con ella haría el mejor negocio de su vida.

Contrariamente a lo que lógicamente se pudiera suponer, Grew no sentía por Aurelia otra pasión que la de servirse de ella para el logro de sus fines interesados. No fué por amor, precisamente, por lo que la decidiera a dejar a los suyos; sino para enriquecerse a sus costas.

Entre los admiradores que tuvo Aurelia apenas se presentó como "estrella" de la danza en uno de los mejores *cabarets*, había uno que ponía en sus miradas a la espléndida mujer—cuyo estado Grew tuvo buen cuidado de ocultar a todos—, más que vulgar sensación de capricho, de ilusión fugaz. Llamábase Jacobo Hubbell. Grew se hizo pronto buen amigo suyo, y se disponía a sacrificarlo, como víctima elegida para complacer a un dios.

Hubbell era un hombre de aspecto rudo. De un manotazo hubiera derribado a Grew de saber lo repudiable que era tratando de explotar la buena fe de una mujer. Tras de constante labor cotidiana, pudo reunir una fortuna, y su indumentaria de luchador en plena naturaleza había sufrido una transformación, en aquellos días, ocupando el frac el lugar de la chaqueta de pieles, y finas botas calzaban sus pies. Parecía un nuevo rico, pero no era orgulloso ni ridículo. Su vida se deslizaba casi siempre en los montes de Alaska, donde las nieves son eternas y ponen una nota de pureza por doquiera. Allí tenía minas de oro que producían el codiciado mineral en bastante buena proporción. Numerosos obreros ganaban en sus terrenos el pan

de cada día, satisfechos del trato del patrono. En esas lejanas regiones había mantenido Hubbell la pureza en su corazón y también la ingenuidad de un niño.

Aurelia representaba para el tosco "elegante" todo lo bueno que contiene el mundo; lo que no se puede adquirir por más dinero que se tenga: lo inapreciable; lo que sólo se consigue a fuerza de



Llamábase Jacobo Hubbell. Grew se hizo pronto buen amigo suyo.

cariño y cuando el Destino lo dispone.

Grew atizaba continuamente el fuego que ardía en el cerebro de Hubbell para Aurelia, y así el enamorado minero creyó llegado el momento de entretvistarse a solas con el objeto de sus ansias, para

ponerle al descubierto los sentimientos que ella le inspiraba.

Aurelia ignoraba los móviles que inducían a Grew a prepararle a Hubbell el terreno para acercarse a ella, y toda la gloria que hasta entonces había alcanzado no se la guardaba para sí propia sino para los dos amados que allá en las islas estaban aguardando las notas de su triunfo, y con los cuales pensaba reunirse a la mayor brevedad posible, tan pronto como su situación fuese verdaderamente segura, al renovarse el contrato en curso.

La traición acechaba. Grew no aceptaría jamás que Aurelia atentara contra su poder de mujer hermosa... y libre, llamando a su lado a su esposo y a su hijito. Todo estaría entonces perdido para él. Por eso el falso protector artístico tenía una cómplice. Esta era Eulalia Dupont, una infeliz que había puesto los ojos de su corazón en él, con fe en su amor, y que por serle agradable se había convertido en su esclava, no deseando más que correspondencia a su sincero cariño.

Grew, insensible a todo lo que no fuera su provecho personal, mentía querer a Eulalia, y dominándola como algo propio, la sobornó para que siguiese sus instrucciones de interceptar las cartas dirigidas a Aurelia, con la que aquélla había trabado conocimiento gracias a la habilidad de Grew, y de la cual era muy amiga.

Aquella noche, al finalizar Aurelia su trabajo, Eulalia, que era para ella como una joven dama de compañía, recibió un telegrama a nombre de la bailarina, y lo guardó en su escote para entregárselo a Grew. Este no tardó en reunirse con ella, y al abrir el parte, sin ningún escrúpulo, sonrió al leer lo siguiente:

Javier y su hijo abandonaron mi cabaret hace un mes. Actualmente ignoro su paradero.—Burke.

Esta noticia era contestación a la carta que Aurelia, lamentando la falta de noticias de los suyos a pesar de los escritos que les dirigiera desde que los abandonara, había enviado al empresario del bodegón de las islas.

Eulalia acataba las órdenes de Grew contra su voluntad. Algunas veces hubiera querido rebelarse, pero no podía. Todo lo haría por no perderlo.

Mostrándole el telegrama, Grew dijo a la infeliz enamorada:

—Este documento *no ha llegado, ¿entiendes?... Voy a preparar otro para que se lo des a Aurelia en su lugar.*

—¿Qué vas a hacer, Eduardo?...

—No vaciles en obedecerme, Eulalia. Ya sabes que sólo esperó el momento en que se me resuelvan bien los negocios, para hacerte mi esposa.

Y como Eulalia títubease aún a secundarle en aquella ocasión, Grew la atrajo contra su pecho, estrechóla con fingida pasión... y la incauta prendió sus labios en los suyos, sonriente, llena de dicha, perro fiel del lobo.

Aurelia mostrábase extrañada de la falta de nuevas sobre su familia, y le dolía el que el empresario no se dignase responder a su ruego de las mismas.

Grew, disimulando su doblez, aconsejaba a Aurelia que tuviese paciencia, que se resignase a esperar, y así evitaba que la menor duda oscureciese la mente de la engañada. Sin embargo, aquella noche, ella se lamentó delante de él del silencio del empresario con el que trabajaba su marido:

—No comprendo por qué motivo seguimos sin recibir noticias de Javier...

—Realmente, es raro...

—¿Le envió usted el dinero que yo le entregué para ellos?

—Naturalmente, Aurelia. Ya son varias las veces que me ha preguntado usted lo mismo. ¿Va usted a dudar de mi honorabilidad?

—No... no... Perdóneme mi insistencia... Comprenda usted el pesar que me produce la sospecha de que Javier no me perdona...

—No sea usted tan pesimista... Ya escribirá...

Hubbell, deseoso de hablar con Aurelia, interrumpió a ésta con Grew, y como el vividor sabía a lo que el minero iba, los dejó a solas, quedándose de guardia detrás de la puerta.

Hubbell preparó un discurso, como prefacio de su declaración, pero prefirió atacar llanamente.

—Aurelia, hasta esta noche no me he decidido a decirle a usted una cosa... Disculpe mi cortedad y analice mis palabras bondadosamente... ¿Por qué no me proporciona usted la enorme alegría de decirme que acepta ser mi esposa?... ¡Si usted supiese cuánto la amo!...

Aquel hombre, avezado a todos los peligros y a todas las fatigas, imploraba con los ojos que Aurelia le evitase la amargura insoportable de rechazar su ofrecimiento.

Aurelia entristeció al punto, recordando con vigorosa precisión a los suyos, y repuso, esforzándose en borrar de su rostro la huella de su pensamiento:

—No hablemos de eso ahora, Jacobo, se lo suplico... Sigamos siendo buenos amigos, sin que la palabra "amor" se mezcle en nuestros diálogos.

No se atrevió Aurelia a negarse rotundamente a complacer a Hubbell. Le consideraba un hombre íntegro, incapaz de permitirse cualquier libertad con ella sin su consentimiento. En este punto, como en

otros, obedecía a Grew, que le indicara la conveniencia de no revelar a nadie que tenía familia.

La negativa de Aurelia causó profundo pesar a Hubbell, que no podía renunciar a ella.

Grew seguía a la puerta del "camerino" de la artista, y al salir Hubbell, antes que Aurelia, le dió pie para que le contase sus cuitas.

—Usted me ha dicho que Aurelia era mujer con-



Hubbell, deseoso de hablar con Aurelia, interrumpió a ésta con Grew...

quistable, pero desgraciadamente se ha equivocado usted, amigo mío.

—¿De modo que... usted cree...?

—No parece dispuesta a escuchar al primero que se le presente...

—No lo hubiera creído... tratándose de usted... Acaso usted no ha sabido expresarse bien...

—Tal vez tenga usted razón... Pero sea como sea... escúcheme... Muchas veces me ha dicho usted que Aurelia no le interesa, que a su lado no busca más que el negocio... Pues bien, si consigue usted que ella se venga a Alaska y se case conmigo, le daré cincuenta mil dólares.

Grew abrió las orejas al son de la magna recompensa, y en su espíritu preparó la coartada.

Entretanto, Javier y su hijo habían abandonado la maltratada carreta de la farándula para trasladarse, no muy confortablemente, por cierto, a Nueva York.

El desdichado músico era la sombra de sí mismo. Desde la fuga de la querida compañera, su alma vagaba por el mar infinito del dolor, y al huir del lugar que fué la ruina de sus ilusiones más caras, conoció los mordiscos del hambre y lloró sobre la cabeza de su hijito temiendo por su vida sin el calor bienhechor de su madre.

* * *

Siguieron días y días de éxitos para Aurelia, sólo turbados por la inquietud sobre la suerte de su marido y su hijo, los dos grandes amores de su corazón.

Anuncios luminosos de grandes dimensiones, carísimos, pregonaban majestuosamente el triunfo de Aurelia. La luz artificial, a guisa de trompetas mudas de la fama, consagraba el nombre de la "estrella" del "Radio Cabaret".

Grew no había olvidado un momento el premio de Hubbell si conseguía que Aurelia consintiese en

casarse con él, y aquella noche puso en práctica su plan. Había terminado la actuación de Aurelia. La ballarina se hallaba en su *camerino*. Grew, reuniéndose con Eulalia, a la que de antemano prodigó falsas caricias, le dijo:

—Aquí está el telegrama de que te hablé hace días, preparado por mí. Dáselo a Aurelia... y veremos qué efecto le produce.

Eulalia dió batalla a sus buenos sentimientos con el arma del amor que la llevaba a Grew, y cometió la infamia de destrozarse la vida de Aurelia entregándole el falso papel.

Aurelia desdobló precipitadamente el telegrama y buscó con avidez la firma.

—¡De él... de él, por fin!—exclamó al ver el nombre de Javier al final.

Y leyó:

El niño ha muerto por tu culpa. Vete al infierno con ese canalla de Eduardo Grew.—Javier.

Las manos de Aurelia temblaban. Sus ojos miraban extraviados. Su cerebro bullía. Su corazón estallaba silenciosamente. ¡Qué horrible noticia! ¡El niño muerto! ¡Y Javier la acusaba de su muerte! ¡Qué enormidad! Aurelia hubiera querido llorar, llorar mucho... pero no pudo. Le parecía que sí lo hacía, sus lágrimas caerían también para Javier, y eso no. No lo merecía. ¡Ella no había cometido tan grave pecado que no pudiera ser perdonada! ¡Todo lo que hizo y lo que estaba haciendo tenía un solo fin: la felicidad de los suyos!

Grew, cuando supo por Eulalia que el telegrama había sido remitido a Aurelia, entró en el "*camerino*" de ésta, fingiendo ignorar lo que le sucedía.

Ella, como una autómatas, le tendió la mano con el trágico papel, y Grew, simulando leerlo, contrajo su rostro en expresión de asombro y pesar.

Aurelia, luchando contra su dolor oculto, incorporóse, y exclamó nerviosamente:

—¡Así se rompe un amor de toda la vida!...

Necesitaba olvidar, sumirse en la inconsciencia para no maldecirse a sí misma, renegar del hombre que la acusaba de la muerte de su mayor tesoro. Porque Aurelia no dejaba de reconocer que cometió una ligereza, pero se resistía con todas sus fuerzas a considerarse culpable, con tal locura, de la muerte del niño. ¡No, no! Su falta no merecía tan cruel castigo.

Grew aprovechó el momento para demostrar a Aurelia que él estaba decidido a protegerla siempre si seguía sus consejos, y la dolorida madre, llevada de su desesperación, gritó:

—¡Javier lo ha dicho! ¡Vámonos al infierno, Eduardo Grew!

Grew abrió sus brazos para recibirla contra su pecho, y la besó en la boca con frenesí... pero unas lágrimas mojaron sus labios.

Prosiguió la serie de triunfos de Aurelia, que hubo de resignarse a seguir adelante en la carrera que había sido la ruina de su hogar.

Sangraba la herida de su corazón, pero el deber la encadenaba a sus pies.

No le había costado gran trabajo a Javier, a su llegaba a Nueva York, enterarse del sitio donde trabajaba su esposa, y en un arrebato de cólera entró a verla actuar.

Los empleados del establecimiento se opusieron tenazmente a su paso a los salones, y Javier hubo de recurrir a la astucia para burlar su vigilancia. Penetró por uno de los balcones bajos, y al ver a Aurelia en su ligero atavío, encendiéndose en ira y corrió a intimarla a seguirle.

Ante la aparición del que creía muerto, Aurelia

sobresaltóse extraordinariamente. Iba a mediar una explicación entre los esposos, pero Grew, acudiendo presto, junto con otros espectadores, en auxilio de Aurelia, a la que rodeaban de serpentinas mientras bailaba, se lió a brazo partido con Javier, que hizo ademán de agredirle, y, aprovechando la circunstancia de la debilidad del "reaparecido", lo derribó sobre el montón de papel multicolor que formaba un suave estrado de gloria a los pies de la danzarina.

Javier repelió la agresión, y durante la lucha cayó una luz sobre los carnalescos papeles, produciéndose un rápido incendio.

Alocada, la gente se precipitó a las salidas.

Javier quedó entre las llamas.

Aurelia desmayóse antes de llegar a su "camerino", y todo hacía suponer que los dos esposos perecerían en el accidente.

Grew se hallaba fuera de peligro, y, tan cobarde como miserable, no se decidía a acudir en auxilio de la bailarina.

Los bomberos desplegaban toda su energía y habilidad para combatir el fuego, sin resultados satisfactorios.

La muchedumbre se agolpaba, llena de emoción, a distancia del lugar del siniestro, comentando lo ocurrido.

Un automóvil detúvose cerca del *cabaret* y apeóse dé el minero Hubbell. No sabía nada. Vió a Grew, y no acertó a decirle más que esto:

—¿Dónde está Aurelia?

Grew fingió que se disponía a entrar en el establecimiento en llamas, pero Hubbell, sin meditar su gran paso, desapareció hacia el peligro. Anduvo un buen rato a ciegas, y, al fin, su temeridad vióse premiada con el encuentro del cuerpo inerte de Aurelia, del que se apoderó y salió a la calle, auxi-

liándola en su automóvil, pues no había recibido ninguna quemadura.

Grew unióse a ellos en el coche, y en éste, al volver en sí la bailarina, camino de su casa, Hubbell, acariciándola con la mirada, le preguntó:

—Ahora nada la detiene aquí, Aurelia... El *cabaret* ha desaparecido... ¿Por qué no se viene usted conmigo a Alaska? Allí, en aquella vida tan distin-



...y, aprovechando la circunstancia de la debilidad del "reaparecido", lo derribó...

ta de ésta, olvidará sus ensueños de gloria.

Grew aconsejó a Aurelia que ese viaje era necesario... y la bailarina, agradecida a Hubbell, aceptó ir a buscar en los montes nevados la tranquilidad que le pedía su espíritu.

Pocos días después, empezó la interminable ca-

minata a través de las llanuras nevadas de Alaska, el país que sigue atrayendo a los hombres con el brillo del oro que guarda en sus entrañas.

La peregrinación era un suplicio para Grew, que antes de llegar a la meta del viaje ya se sentía hastiado del cambio de residencia.

Hubbell seguía por el sendero detrás del trineo en que iba Aurelia, y tenía para ella frases cálidas que la hacían sentirse amada.

Mientras tanto, allá atrás, en la gran ciudad de los rascacielos y de la vida vertiginosa, Eulalia Dupont, que había visto desvanecerse como el humo sus sueños de color de rosa, deseaba vengarse de Grew, que había huido con Aurelia, abandonándola a ella, sin la menor frase de esperanza. Se había enterado de lo ocurrido en el *cabaret*, y como supo que Javier no había perecido en el incendio, como se temió al principio, fué a verle al hospital, donde convalecía.

—Vengo a hablarle de algo que se refiere a su esposa—le dijo.

—¿De Aurelia?... ¡No quiero saber nada! ¡No pronuncie usted su nombre!

—Déjeme usted hablar... A decirle verdad, yo odiaba a Aurelia y la sigo odiando... pero Eduardo Grew me ha engañado, nos ha engañado a todos, y quiero que pague su infamia.

—¡He dicho que no quiero saber nada!

—Sí... Usted debe saber quién es ese hombre... Su esposa no es culpable... Lea este telegrama que Eduardo falsificó y que el miserable me indujo a entregar a Aurelia como si fuese enviado por usted.

Javier apoderóse, presa de horribles dudas, del papel, y al leer las mentiras de Grew, exclamó, reconociendo la inculpabilidad de Aurelia:

—¡Y ella lo ha creído!... ¡Pobre Aurelia!...

—Si... ¡Pobre Aurelia!... Pero yo no la puedo compadecer... Por ella he perdido a Eduardo...

—¡¡Se aman!!

—¡No! Eduardo seguirá sus pasos mientras viva, para explotarla inicuaamente. A mí me consta que Aurelia no se olvidó jamás de usted y de su hijo, con quienes pensaba reunirse pronto.

—¡Aurelia! ¡Ah! Yo encontraré a ese hombre, aunque se esconda debajo de la tierra... y cuando lo encuentre, con su vida me pagará lo que me hace sufrir.

* * *

Sobre el armíño de la nieve la noche extendía su manto de sombras.

Quando todo dormía en el campamento, Eduardo Grew, que no veía un porvenir muy risueño al lado de Hubbell, intentó una de sus grandes jugadas de ventaja. Acercóse sigilosamente al minero, apoderóse de su cartera, repleta de billetes, y después de preparar el trineo en el que descansaba Aurelia, huyó hacia la impunidad de su mala acción.

Aurelia despertó en camino, y protestó de la renuncia de Grew a seguir con Hubbell, pero el villano la atajó enérgicamente:

—¡Ni una palabra! ¡Lo más conveniente para usted es dejarse llevar sin quejarse!

En el campamento fué pronto notada la ausencia de Aurelia y de Grew, y Hubbell, al comprobar que le habían robado, y animado por el deseo de venganza, volaba a poco sobre la blanca llanura en persecución de los fugitivos.

Grew fustigó a los perros, pero su inexperiencia

debía serle fatal. Volcó el trineo, y el tiro se resistió a obedecer.

Hubbell avanzaba. Grew blandió un revólver, y con Aurelia ocultóse detrás de unas rocas.

Hubbell detúvose junto al trineo abandonado, y dió la vuelta al escondite de los fugitivos, revólver en mano, dispuesto a inflingirles un merecido castigo.



Grew blandió un revólver, y con Aurelia ocultóse detrás de unas rocas.

Encontráronse frente a frente los dos hombres, y Aurelia, horrorizada, desataba que iba a presenciar una escena sangrienta.

Grew no pudo atacar a Hubbell, pues éste, abanzándose de sorpresa sobre él, derribóle a puñetazos, después de quitarle el arma.

Grew mordió la nieve, y Hubbell, creyendo que le había vencido definitivamente, dirigióse a Aurelia, a la cual, sin darle tiempo para justificar su fuga con Grew, le censuró su traición.

—¿De modo que usted me engañaba también?... ¡A mí... que sería capaz de adorarla de rodillas!...

—¡No es verdad! ¡Yo no sabía nada!...

Grew llevaba un cuchillo en el cinto, y pensó vengarse de Hubbell. Este le daba la espalda. No pudo verle incorporarse, y mientras Aurelia se disculpaba, levantó el brazo sobre la cabeza del minero, y hundióle el puñal en la espalda.

Simultáneamente, Hubbell y Aurelia lanzaron un grito; aquél, de dolor y rabia; ésta, de horror.

Cayó Hubbell, gravemente herido, y Grew, sin que Aurelia, paralizada por el terror, pudiera impedirlo, empujó el pesado cuerpo del noble obrero hacia el borde del abismo, y lo arrojó a la muerte segura.

Aurelia pretendió gritar, horrorizada por el crimen de Grew, mas éste, amenazándola, la amordazó con estas palabras:

—¡Silencio, o mueres también! ¡Te odio, porque tú tienes la culpa de que haya manchado mis manos de sangre... pero te necesito! ¡De ahora en adelante me obedecerás ciegamente!

Y Aurelia, dominada por su destino cruel, resignóse a seguir al infame que era su ruina.

* * *

Pasaron los años.

En medio de la naturaleza bravía de Alaska, la estridencia de un bar infernal ponía una nota violenta de color.

Era el propietario y el matón del bar, el asesino de Jacobo Hubbell, que en aquella sociedad primitiva había impuesto la ley de su revólver.

A su lado, unida a él solamente por el lazo de la complicidad, Aurelia era como una cosa sin alma, sin sensibilidad, a quien no lograba despertar ni el recuerdo de su amor lejano.

La clientela del bar temía a Grew por sus bru-



...y mientras Aurelia se disculpaba, levantó el brazo sobre la cabeza del minero, y...

talidades, y varias eran las injusticias suyas que se había visto obligada a tolerar.

De pronto, aquel día, se abrió la puerta del bar, y como una sombra del Pasado, presentóse un hombre, de aspecto sereno y con el rostro poblado de tupida barba.

Su aparición causó sorpresa a todos. Grew le miró con indiferencia, y el intruso hizo lo propio con él, sin olvidarse de contemplar a la mujer que el propietario tenía a su lado, cuya belleza de antaño se había mustiado delicadamente en aquel ambiente de pobreza espiritual.

—¡A beber todo el mundo! ¡Yo convido!—dijo el desconocido.



—¡A beber todo el mundo! ¡Yo convido!

Arremolinóse la concurrencia alrededor del generoso forastero, y hubo bebida para todos, incluso para Grew y Aurelia, a quienes el nuevo cliente invitó, ofreciéndoles un vaso de licor.

Luego, aquel hombre, que llegaba de lejos, recorrió con los ojos el salón, y se detuvo a mirar el

viejo piano, cuyas teclas martirizaba un músico sin noción de arte.

Al intruso se le iban las manos hacia la caja sonora, y cuando el pianista se levantó, sentóse él ante el instrumento, y bajo sus dedos tejieron las notas una melodía dulcísima, que hablaba de amores silenciosos, de canciones maternas, de calor de hogar... Y el artista vió desfilar algo de su vida...

Todos le escuchaban con emoción. Algunos había que se resistían a rendirse al poder del arte.

Muchos lloraban. Entre éstos, Aurelia, desconcertaba por recuerdos lejanos...

Grew se sentía molesto, y no lo disimulaba. De súbito, el desconocido cesó de tocar, y cuando se volvió hacia el auditorio, todos vieron que en sus ojos brillaba esa llama inconfundible que pregona la decisión de matar.

—¡Señores, no me conocen ustedes, y antes de hacer lo que voy a hacer, quiero decirles que soy un hombre recto!

Expectación.

—¡Entre ustedes hay un canalla a quien voy a matar como se mata a un lobo!... ¡Y ese canalla es Eduardo Grew!

Grew se había preparado, presa de temores.

Sonó un disparo. Apagáronse las luces. Relampaguearon nuevos disparos, y cuando las luces brillaron de nuevo... fué para iluminar el cadáver de Eduardo Grew.

Aurelia lanzó un grito. Acababa de reconocer en tierra a su marido, a Javier, al hombre que había hecho sufrir las mayores torturas por culpa de Grew.

—¡Oh, Javier! ¡Estás herido!

—¡Aurelia! ¡He venido por ti... a vengarte! ¿Es que aun me amas?

—¡Oh, Javier, toda mi vida deseé que nos volviéramos a encontrar!

Ansiosa por la herida recibida por Javier, Aurelia requirió los cuidados del médico de la colonia, y exhaló un profundo suspiro al enterarse de que no era nada de cuidado. En cambio, Grew ya no haría más daño a nadie.

De improviso, como asustado por el ruido de los disparos, entró en el bar un niño envuelto en ropas de abrigo. Hasta aquel momento estuvo aguardando en el fondo de un trineo. No pudo seguir esperando.

—¿Quién es?—se preguntaron todos.

El niño, dirigiendo una mirada general a los curiosos, preguntó:

—¿Dónde está mi papá?

Javier le vió, y tendiéndole los brazos, exclamó:

—¡Nene!

Aurelia miró sorprendida a su esposo y al niño, y, turbada, dibujó en sus ojos una interrogación.

—Es nuestro hijo...—dijo tiernamente Javier.

—¡Nuestro hijo!... ¡¡Mi hijo!!

Y, sollozante loca de alegría, Aurelia acogió en su regazo a su hijo, que creía muerto, y al sentir su suave contacto le pareció que el oscuro horizonte de su vida se iluminaba mágicamente, y que la felicidad, que creyó perdida, volvía a sonreírle.

Javier rodeó con sus brazos a sus dos queridos seres, y ante la sentimental escena, los concurrentes al bar se sintieron estremecidos de piedad, y prorrumpieron con inmensa alegría:

—¡Viva el forastero que ha matado al lobo!

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La maravillosa novela

EL HOMBRE QUE VIÓ EL FUTURO

Intérpretes: THOMAS MEIGHAN,
LEATRICE JOY, THEODORE
ROBERTS, etc.

Grandioso asunto.

Producción PARAMOUNT

Postal-fotografía-regalo:
HELEN JEROME EDDY

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.

El último gran éxito de
Los Grandes Films

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Madame Sans Gene

¡No deje de adquirirlo!

¡El mayor triunfo!